

---

---

## literatura

---

---

### disidencia o infidencia de ramón lópez velarde

---

por Jorge Ruedas de la Serna

¿Imaginas acaso  
mi amargura impotente?

R.L.V.

Mientras la fusilería, "en un anochecer de maleficio", graba en los muros de la aldea "negros y aciagos mapas", una figura se parapeta en el tejado y, con las manos en bocina —como en el poema de Supervielle—, se esfuerza porque alguien escuche su voz. El *Ipiranga* se convierte en el buque fantasma, que va y viene como las olas. La guerra civil devasta las sementeras, y la conciencia pierde su perspectiva. Los contendientes se encuentran en la tribuna, en la prensa, en el seno del gobierno, en los caminos y en los llanos. La sedición, la infidencia, el desengaño, la miseria, el hambre y la sed, son sentimientos que repercuten en el poeta.

Francisco I. Madero cava su propia sepultura —en opinión de Francisco Bulnes— como lo había hecho Luis XVI. Los intereses políticos, que desde treinta años antes se habían mantenido en injusto equilibrio, luchan ahora con la fuerza de un cataclismo telúrico. Fue entonces cuando quien predicaba la democracia del vestido, portó frac y chistera; cuando el rústico intuyó magníficos diagramas de reforma educativa; cuando el acendrado "corralista" se volvió incondicional de Madero, y cuando el funcionario que había dilapidado "los sonoros luises de Limantour" —según la frase de Urueta— volvía los ojos con horror hacia la época en que se otorgaba "el pan con el látigo".

Fue, sin embargo, un momento fugaz en que creímos tener una auténtica república. Cuando los diputados, que antes habían guardado un silencio secular, se erguían sobre sus curules para defender, al compás de algunas sonoras bofetadas, sus puntos de vista. Cuando, con el filo de una daga, el periodista escribía sus artículos.

La traición llegó cubierta de galas espléndidas, con holocaustos y emblemas, y el magnicidio se convirtió en una institución. Las humildes prendas de Zapata fueron exhibidas en Cuautla, ante la turba de calzones blancos, que las miró como la túnica del redentor. Y un aguerrido rebelde, contemplando tanta calamidad, se descubrió frente al retrato del dictador, deplorando su ausencia, y atribuyendo a ella la infelicidad de los nuevos tiempos. Quien había prometido al pueblo nada menos que la dicha, protegía el latifundio y se rodeaba

de ex porfiristas, algunos de los cuales lo habían llamado "loco", cuando fundó el Partido Antirreeleccionista. Se formaron, como en toda república libre, partidos poderosos y partidos débiles. Quien quiso complacer a todos no satisfizo a nadie.

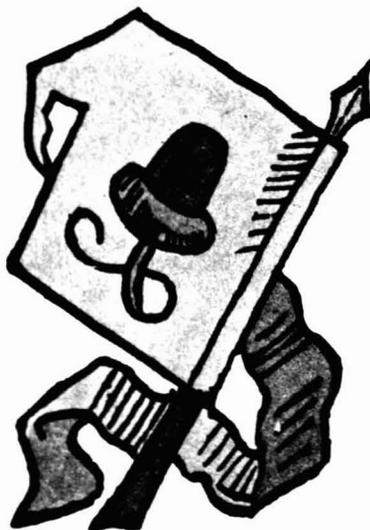
El espiritismo se puso de moda, y lo científico *démodé*. Como el grito de "Sufragio efectivo", consagrado en el Plan de San Luis, estaba muy fresco en los oídos, no quedaba al maderismo radical, para dar la apariencia de legitimidad en las elecciones, sino el establecimiento de una organización que impusiera a sus candidatos y propinase soberanas golpizas a los periodistas aventurados: la "Porra", como se llamó al Partido Constitucional Progresista que encabezó Gustavo A. Madero. Y el Partido Liberal, que dirigía don Fernando Iglesias Calderón, daba de vez en vez alguna sorpresa, como cuando establecía nexos con Pascual Orozco o se unía al Progresista para luchar contra el que aparentaba ser el partido urbano más poderoso: el Partido Católico Nacional, que tuvo en el joven López Velarde un feliz militante.

En esa época, en que todavía pasan las pregoneras de chichicuilotes y se difunde la noticia de un nuevo levantamiento, camina por Plateros un joven vestido de negro, "plenitud de cerebro y corazón", meditando sobre la vieja casona familiar, "que mira hacia la plaza", o sobre las aberraciones del señor Procurador "don Carlos Trejo y lo demás". El poeta busca, con la misma sinceridad de su tristeza, los secretos de una patria nueva. A este fin dedica toda su atención. De esos años han quedado diseminadas en periódicos y revistas gran cantidad

de sus prosas. El crítico norteamericano Allen Phillips advierte la importancia que revisten los artículos periodísticos del poeta; con ellos integró un volumen la investigadora Elena Molina Ortega, bajo el título de *Prosa política* (1953), labor importante de recopilación que nos permite apreciar en sus justas dimensiones el criterio político del autor, desde poco antes del triunfo de Madero.

Esta obra ha recibido entre otras las justas indicaciones de Emmanuel Carballo en lo que se refiere a su presentación, pues hubiera sido oportuno contar con una introducción histórica y con las referencias necesarias para ubicar a los personajes de quienes habla nuestro poeta. Nos parece, sin embargo, injusto el mismo crítico cuando, sin hacer un análisis detenido del material, concluye que López Velarde fue un reaccionario, que estos artículos satíricos van encaminados en su mayor parte a vilipendiar a funcionarios públicos, y que el escritor, a lo largo de su vida, se contradice en sus apreciaciones, como por ejemplo en lo que se refiere a los conceptos vertidos sobre don Jesús Urueta. Haremos hincapié acerca de estos aspectos, en el curso del presente trabajo.

Las prosas reunidas por Elena Molina Ortega abarcan desde octubre de 1909 hasta principios de 1913; algunas de ellas, las primeras, fueron publicadas en *El Regional* de Guadalajara; el mayor número salió en *La Nación* de México. El joven López Velarde —tenía 21 años en 1909— se muestra en estos escritos como un Aristófanes criollo que hostiga con su sátira a los actores de nuestros "miserables sainetes políticos". Pero si su sonrisa es tan irónica como la del griego, sus palabras están animadas por el soplo vivificador de la juventud. La vehemencia con que emprende la lucha prueba que su anhelo era constructivo. Desenmascara al liberal circunspecto, que en la soledad de su estudio se entretiene en desenmohecer sus blasones; al gobernador que contradice los postulados capitales de la Revolución; al ministro que está a punto de atentar contra la integridad del territorio nacional; al Procurador de Justicia que confunde su administración con el proselitismo político; un usurpador, y en fin, al impulso —manifiesto o velado— del caudillismo.



En el naufragio de las esperanzas el poeta volverá los ojos al pasado, como advierte en un somero análisis que sobre sus ideas políticas le dedica el crítico Salvador Toscano. Al volver la vista descubre, entre las voces de la vendedora de chía, de las pajareras, entre los ruidos cuaresmales de la sonaja y la matraca, y entre los tiros de la policía, un mundo que se desvanece y agoniza cuando el sereno, dando las horas y al final de una comedia no escrita, apaga uno a uno los faroles de mecha de las calles.

Pero el poeta, que fue siempre joven, "fiel a su espejo diario", no ha llegado en estos primeros años de actividad periodística al aislamiento espiritual de *Zozobra* (1919); no se ha escrito aún el verso aquel tan villanamente difundido de la "íntima tristeza reaccionaria". El joven provinciano alimenta inquietudes políticas y no ha perdido todavía su curul —como diría él mismo— por los juegos malabares de los espíritus chocarreros "de treta y voltereta".

Pocos meses después de que López Velarde acompañaba a Madero, según se presume, en sus caminatas por las calles de San Luis, o contemplaba el bajel de cristal del Templo de San Francisco, publica en *El Regional* de Guadalajara, el 14 de octubre de 1909, un artículo sobre el prócer coahuilense. El hecho de que éste se hubiera atrevido a proclamar el antirreeleccionismo, lo hizo acreedor de su simpatía; piensa que con ello el nuevo líder asume "una actitud caballeresca, un gesto bizarro, una palabra de justicia", mientras que los demás políticos se le representan "sin sexo", "misérrimos individuos", entre los cuales y don Francisco no puede haber relación alguna. Pero el poeta quiere ser veraz, racional; Madero no se ha convertido todavía en un símbolo, por el contrario, ha incurrido en un deplorable error: ha propuesto una transacción al presidente Díaz. Esta acrecienta las iras de don Ramón Corral y también la de muchos de los adictos al antirreeleccionismo. Madero sugiere que sea aceptada la reelección del presidente, pero no la de los demás, funcionarios del gobierno; con lo que deja ver ya el afán conciliador que lo perderá. El joven escritor jerezano repara en este desatino, y advierte —nada menos— que con tal pretensión Madero "se suicida". Sin embargo, el autor de *La sucesión presidencial* constituía entonces la única esperanza. El viento le era favorable; Corral no había podido disimular su asombro cuando Díaz le anunció que el gobierno permitiría la aparición de nuevos partidos en los próximos comicios. La opinión de nuestro articulista le fue también favorable: si Madero fue torpe —dijo— siguió, en cambio, en una postura honesta, "lo juzgo honrado como siempre".

Exiliado Díaz, al término del interinato presidencial del licenciado Francisco León de la Barra los nuevos partidos preparaban sus candidaturas. El Partido Católico Nacional propuso su representación a De la Barra, pero éste, ante el inminente triunfo de Madero, declinó el privilegio. Los católicos entonces propusieron la postulación a Madero, que la aceptó de buen grado; pero dispusieron de la vicepresidencia para De la



Barra. El futuro presidente, por su parte, había elegido ya a quien debería acompañarlo hasta el sacrificio: al licenciado tabasqueño don José María Pino Suárez, poeta y hombre sin mácula. Para lograr su propósito desplegó Madero su actividad, en contra aun del partido que lo postulaba. Persuadió a la gente y entró en pláticas con los clubes refractarios al pinismo, con el fin de convencerlos de que brindaran su apoyo al tabasqueño, que resultó electo.

Los inconformes calificaron esta actitud de *imposición*, alegando que Madero había defraudado la doctrina del "sufragio efectivo". López Velarde, otra vez desde *El Regional*, (10 de noviembre de 1911) defiende al presidente, considerando su conducta como conciliadora y persuasiva, en todo caso, pero nunca como impositiva. El hecho de que Madero aprovechara su ascendiente entre la multitud, dice, no significa que impusiera a su candidato, y para demostrarlo, el poeta enumera los estados en que resultaron triunfadores otros candidatos.

Andados los meses, confundido el ánimo por los frecuentes levantamientos y manifestaciones ya la reincidencia del gobierno en los mismos desaciertos, López Velarde duda. Cuando "las multitudes agobiadas por la miseria" siguen a Zapata como a un adalid, se pregunta "¿qué hará el gobierno ante la crisis de este problema trascendental?" Pero apuntalando aquí, cubriendo una grieta allá, sigue en la causa del maderismo. Sus catilinas, aparecidas con asiduidad casi cotidiana, continúan haciendo mella en las figuras mejor pertrechadas de los partidos enemigos. A cada momento exhorta al gobierno para que adopte una postura enérgica. Las manos no le alcanzan para atajar el derrumbe que se precipita.

El primero de junio de 1912, más cerca ya de la Decena Trágica que del advenimiento al régimen del "sufragio efectivo", López Velarde es consciente del fracaso del maderismo, y también de su fracaso. En un

artículo sin nombre publicado ese día en *La Nación*, comenta que la víspera había dejado de sesionar la Legislatura del porfiriato. En su acostumbrado tono satírico se duele de que desaparezca la Cámara, porque —dice— con ella se va uno de los pocos números de diversión que había en la Capital, y alude a que los legisladores se despedirán entre abrazos, brindis y música, en una recepción que les ha preparado el gobierno. Para él este hecho demuestra que la Revolución fracasó. "Si la Revolución, dice, hubiese triunfado, no habría habido cena de adiós ni motivo de duelo. Todo habría sido cuestión de llamar a un émulo del gobernador de Aguascalientes\* que llevara al panteón del olvido a esa legión de cadáveres de la Dictadura. Y ese desfile de inútiles, de pasivos, habría sido causa de regocijo nacional. Los habríamos despedido con música de las golondrinas de Bécquer. ¡Esos no volverán! habríamos dicho. Pero como la Revolución no fue revolución, corregiremos a Blas Urrea,\*\* ellos volverán. Están más enraizados en sus sitios, que los ahuehuetes que a Netzahualcóyotl dieron sombra en el bosque. . ."

Nunca, sin embargo, dejó de ser maderista. En una epístola al licenciado Eduardo J. Correa fechada el 18 de noviembre de 1911, dejaba ver el entusiasmo que lo animaba. En esa ocasión reprocha a Correa el que se muestre tan tibio respecto a Madero, habiendo sido tan activo partícipe en la administración de De la Barra. Más tarde en otra carta al mismo Correa, el 19 de noviembre de 1913, nueve meses después de la Decena Trágica, le hablaba todavía sobre la "posibilidad de despojar a la burguesía de toda su fuerza política y de

\*el gobernador de Aguascalientes, D. Alberto Fuentes D., adicto al Partido Constitucional Progresista, la "Porra"; uno de los personajes que más critica López Velarde. Lo acusa de haber intervenido en la renuncia de algunos diputados. Vid. *Prosa política*, "Fuentes declara", pp. 55 ss.

\*\*Blas Urrea, seud. de Luis Cabrera.

su preponderancia social, y quizá hasta de efectuar *científicamente* una poda de reaccionarios. . .” Madero fue un símbolo para el poeta, y como lo que más le molestó de sus compatriotas fue la inconstancia política, López Velarde nunca lo traicionó. No por ello dejó de percatarse, como toda su generación, de que el idealismo político de Madero entrañaba el germen de su destrucción. López Velarde fue un disidente de sus contemporáneos, en poesía y en política, pero nunca un infidente.

Quienes lo tildan de “reaccionario” no han leído con detenimiento su prosa. A través de ella no han juzgado al hombre, y sí en cambio han dilapidado su poesía. Basándose en uno u otro verso, exentos de contexto y de dimensión histórica, han creído obtener la fórmula de su pensamiento público.

Cuando la fábula de Pascual Orozco ha concluido, una vez que “se llevaron el cañón para Bachimba”, nuestro poeta critica la actuación de este rebelde chihuahuense. Las siguientes palabras de Rafael F. Muñoz reproducen la imagen que de Orozco se formó López Velarde: “Me pareció que no tenía piel en la cara, de tan marcados que se veían los huesos. . . su larga figura parecía desplomarse, laxa, falta de impulso. . . No me gustó el hombre. . . Falta en él ese efluvio misterioso del jefe que arrastra; el brillo, el calor, la fascinación de la llama. . .” López Velarde comenta que Orozco no tuvo nunca la trascendencia de Zapata; pero lo que más le desagradó del chihuahuense, “bravo rancheiro”, fue el que, con una reverencia, se hubiese descubierto frente al retrato de Díaz, y hubiese declarado que nos hacía mucha falta. Que los mexicanos fuimos muy ingratos con él. Nuestro poeta piensa que esa actitud es injusta e ilógica, que es un criterio absurdo, practicado por muchos y “estimulado por los porfiristas recalitrantes” Orozco, agrega, cae “en el absurdo de afirmar que los riesgos de la situación presente, sus hondas calamidades y sus sangrientas peripecias, dan la razón al régimen porfirista, plagado de vicios”. Este artículo, publicado en *La Nación* el 25 de julio de 1912, termina con el lema siguiente: “Suframos, pero no retrogrademos.”

Este concepto está íntimamente ligado al de fidelidad política, que es una de sus principales preocupaciones. El 23 de julio de 1911 censura la conducta del licenciado José María Gamboa, porfirista, hacia el licenciado De la Barra, pero le elogia que continúe adicto a Porfirio Díaz, pues en este punto, dice, distinguimos su actitud de la “vulgar ingratitud de muchos ex porfiristas”. Más tarde, el 18 de noviembre de 1912, cuando el maderismo se acerca a su ruina, publica en *La Nación* un artículo intitulado “Ayer y hoy”. Observa aquí cómo las multitudes que ayer gritaron mueras al general Díaz, lo elogian hoy. Tal comportamiento, sobre todo en los que se llamaron antirreeleccionistas, le parece falto de convicciones. Critica en este sentido a los porfiristas póstumos que habiendo sido partidarios de la Revolución, vitoreaban al dictador con el fin de manifestar desagrado hacia Madero. No así a los porfiristas since-

ros, porque éstos han estado en su papel. Considera que la obra de don Porfirio debe ser juzgada en sí misma, sin excederse de los límites cronológicos que le otorgue la crítica sociológica. Y añade las siguientes sugestivas palabras: “El fracaso definitivo del maderismo, si llega a darse no justificará ni en poco ni en mucho a don Porfirio, así como éste tampoco resultaría deprimido con el triunfo moral del maderismo.” Tan cerca ya del trágico desenlace ¿no sugiere en estas palabras el poeta la inminente caída de Madero? “Don Porfirio —dice después— representa el pasado, y ensalzar al viejo dictador, después de haberlo combatido, es retrogradar.”

Zapata. “Su tipo selvático y sus hazañas delictuosas se destacan, como un borrón sangriento, sobre la caricatura permanente de nuestros miserables sainetes políticos”, dice López Velarde el 22 de julio de 1912 en *La Nación*. Estos sainetes resultan ridículos —acaban de celebrarse las elecciones para senadores y gobernadores— si se los compara con la fuerza que enarbola el sureño. Zapata es para nuestro poeta “el hombre (o la fiera) que ha reunido en sus manos (o en sus garras) mayor suma de poder efectivo”. Contra ese poder nada habían podido ni el gobierno ni el ejército. Advierte nuestro escritor que el pueblo, incapaz de discurrir sobre temas especulativos, poco caso hacía de los secretos de alta política que se empezaban a tejer en la capital. En cambio, simpatizaba con Zapata, porque éste le ofrecía un camino de libertinaje que no había probado en muchos años. En medio de la barbarie, el pueblo distinguía la nebulosa esperanza de

la redención. Escaso un mes después dio a la prensa un enérgico artículo que llamó “Exterminio”, a propósito de una declaración del general Angeles, quien proyectaba, en el caso de que fracasaran sus medidas políticas con Zapata, una guerra de exterminio en Morelos. López Velarde asegura que con el caudillo del Sur resultarían estériles todos los intentos de un arreglo pacífico; por lo tanto si el gobierno maderista pretendiese conservar “la existencia moral”, debería “estrangular en un puño de hierro la hidra de zapatismo”. Después, el 2 de noviembre de 1912, comenta en el mismo diario la intranquilidad que sufre el viajero ante la amenaza de los insurrectos. Nueve días después anuncia que la acción de Blanquet contra Zapata se ha iniciado. Exhorta al jefe militar a realizar con éxito su cometido. Reincide en la idea de que toda gestión encaminada a un arreglo pacífico con Zapata, resultaría infructuosa. A la consideración de Luis Cabrera opone la de José Juan Tablada. Opinaba el primero que las acciones zapatistas “constituyen el mar de fondo de la Revolución de 1910 y palpita en ellos, por lo mismo, un germen de justicia”; mientras que el segundo hablaba de que “la justicia para obrar, necesita el advenimiento de la paz, sus campos tranquilos y su cielo sin nubes”.

López Velarde creía sinceramente que se debía primero rescatar el orden social; para lo cual se hacía necesario reprimir la insurrección. Luego se aplicaría el remedio oportuno. Lo que no entendió López Velarde ni entendieron Vasconcelos, Madero, Francisco Bulnes, ni algún otro ideólogo de nuestra Revolución, fue que



ésta no consistía sólo en la “no reelección”, ni en el grito de Zapata, ni en el asentamiento sobre cadáveres de un nuevo gobierno.

El mayor número de las prosas políticas de López Velarde va encaminado a juzgar la conducta de los nuevos y los viejos políticos. Manuel Márquez Sterling, embajador de Cuba en México durante la administración maderista, nos refiere acerca del ambiente público la tensión que prevalecía: “los rumores de conspiración, al parecer, no traspasaban las puertas palatinas, ni hacían mella en el mandatario los furibundos ataques de la prensa, ni quitábanle el sueño las embestidas, contra su gobierno, de senadores y diputados que tronaban”. \* Escenario de lucha que explica el tono incisivo de estas prosas y que da marco a las ideas, censuras y exhortos que desfilan a través de todo el heterogéneo material periodístico del joven zacatecano.

El *zarraguismo*. Una de las figuras políticas que con mayor asiduidad ataca es la del licenciado Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, procurador de Justicia durante la presidencia de Madero. Los continuos desaciertos de Trejo son juzgados con severidad por el poeta, quien los comenta siempre con perspicacia e ironía. El procurador era militante de la Porra (es decir, del Partido Constitucional Progresista) y por la importancia de su cargo era uno de los que mayor influencia desplegaban entre los elementos de este partido. El primero de junio de 1912, en el mismo diario, el nuevo Cicerón principia por hacer una alabanza del personaje con el fin de hacerlo caer en la ridiculez. El licenciado Trejo —dice— “está adornado con todos los talentos”: talento retórico, porque supo acomodarse el apellido Lerdo de Tejada, con la feliz circunstancia de que las palabras Trejo y Lerdo suenan admirablemente cuando van juntas. Talento práctico, porque al echarse a cuestras el apellido de don Sebastián, éste lo aplastaría, si Trejo no fuera también una lumbrera. Y sobre todo le reconoce —y le seguirá reconociendo a través de todas sus crónicas— talento político, por la oportunidad con que llamó al Partido Católico Nacional “víbora, monstruo de siete cabezas y partido nefando”. Compara sus dotes oratorias con el estilo de Flaubert, y lo reconoce “como al pensador y al artista que ha informado su cerebro con las obras maestras de don Juan A. Mateos, de Antonio Plaza y de don Celestino González”. Por estas palabras el lector puede apreciar lo despiadado de las críticas de López Velarde, que por lo demás eran de las más finas de su época. Como, dice al final, el procurador Trejo ha demostrado ser capaz de sustentar en sus manos “la espada de Temis y la balanza de Astrea” sugiere al presidente de la República lo ascienda a Secretario de Justicia. En los artículos subsecuentes alude al procurador como “D. Carlos Trejo y lo demás”, “el procurador que tan buena justicia nos procura”, o bien “el sobrino nieto de su tío abuelo”. Sin embargo,

\* Manuel Márquez Sterling: *Los últimos días del presidente Madero*. Imprenta Nal. de Cuba, s/f. (Colección documentos políticos), p. 86.



alguna vez tuvo que dejar su tono “humorístico”, como se lo calificaba él mismo, para exigir a Trejo su renuncia

Otro político de apellido ilustre fue don Fernando Iglesias Calderón, presidente del Partido Liberal, y además historiador. Contra Iglesias nuestro poeta emprendió una estratégica campaña. Cuando en junio de 1912 se llevaron a cabo las elecciones para senadores al Congreso de la Unión, Iglesias Calderón presentó su candidatura, en contra del ex presidente De la Barra, postulado por el Partido Católico. El Partido Liberal y el Constitucional Progresista se unieron para luchar contra De la Barra, y López Velarde siguió detenidamente los pasos de sus enemigos políticos. Un día antes de las elecciones, nuestro articulista publica en *La Nación* (el 29 de junio de 1912) un delicado comentario contra Iglesias, basándose en cierta acusación que contra éste se había hecho, la de *felonia*, por haber recibido algunas entregas de dinero que Pascual Orozco le habría dado con el fin de ganar el apoyo del Partido Liberal. Para entender la gravedad del asunto basta recordar que uno de los golpes más duros que recibió el gobierno maderista fue la sublevación de Orozco. Este se habría apoderado de la plaza de Chihuahua el 22 de junio de 1911, usurpando a don Abraham González la gubernatura del Estado. A este acto había precedido el suicidio del general González Salas, después del desastre de Rellano. Si después de esto —comenta Francisco Bulnes— en lugar de refugiarse en Chihuahua Orozco hubiera marchado hacia la capital, habría llegado con un ejército de cien mil hombres que ni Victoriano Huerta habría podido contener. Pero Orozco no era un estratega y su breve fortuna la debió a la magia con que su locomotora expiatoria había saltado la trampa que le había tendido González Salas quitando los rieles, y encarrilando en el otro extremo se había estrellado contra los furgones cargados con dinamita que conducía el ejército federal.

Sin embargo, los sospechosos nexos que se habían tendido entre Orozco y el Partido Liberal le habían ganado a Iglesias una gran impopularidad. López Velarde esperó el último instante para dar el golpe mortal; es decir, esperó hasta un día antes de las elecciones para traer a colación este escabroso antecedente del candidato Iglesias Calderón. Madero, si leyó el artículo de López Velarde, no lo tomó en cuenta. Las cosas siguieron el curso prefijado, y para asombro del poeta jerezano pronto se supo que el ex presidente de la República había sido derrotado por el presidente del Partido Liberal. Cuando se publiquen los resultados de los comicios, escribe López Velarde, “va a resonar en todos los ámbitos del país una

carcajada homérica, que se oír en Pamplona, como la patada de la mula en el cuento de Daudet”.

Zarraguistas llama el creador de *Fuentsanta*, a partir del 17 de agosto de 1912, en el mismo diario, a los adictos a doña Belén de Zárraga, dama liberal que convidó a las mujeres mexicanas para que adoptaran una posición extrema. Entre los zarraguistas más conspicuos se cuentan Trejo e Iglesias como los conspiradores palatinos, y en la provincia los gobernadores Alberto Fuentes D., de Aguascalientes, y Alberto Robles Gil, de Jalisco, “los dos tocayos”, junto con el doctor Rafael Cepeda, de San Luis Potosí. Buena parte de estas prosas las dedica el poeta a criticar la actuación de estos funcionarios.

La Revolución tuvo su gran tribuno, don Jesús Urueta; el magnífico prosista de la *Revista Moderna*. Tenía fama de helenista y de príncipe de la palabra, y López Velarde había acudido en 1910 a escuchar sus conferencias sobre estética en San Luis Potosí. Entonces, como nos dice en *El minuterero*, se deleita frente a “la actitud violinística con que alcanza las caudas de sus párrafos”, o frente al “respingo peculiar de su hombro, aquel respingo, acento circunflejo de las oraciones líricas y de los combates de la Cámara”. Estas palabras corresponden a la oración fúnebre que modela el poeta por el orador. A su memoria llegan los recuerdos de tantos párrafos admirables con que Urueta sabía conmover a las multitudes, pero también del enemigo de partido, censurado por el mismo López Velarde. Testimonio de esto último lo tenemos en sus prosas del primero y del dos de julio de 1912. Entre éstas y el opúsculo de *El minuterero* no existe más contradicción que la del combate político, juvenil, en el que sin embargo nunca se olvida al “brillante orador” de antaño, al “fulgor retórico con cuya luz nos hemos recreado”, y la del análisis maduro, sereno, en el que se recuerda al hombre superior que “ha padecido todas las censuras, hasta la política”.

El retorno del hijo pródigo “al volver a su umbral”, se revela humilde, imperceptible casi. “La novedad de la patria”, en *El minuterero*, no es más que el reencuentro con la que siempre ha existido, la que lo recibe solícita, la que limpia del polvo de los caminos, las heridas del combate. La patria cristalina que se había transformado en un espejismo, en una patria multimillonaria, por la lontananza de treinta años de paz y de dictadura, pero que ahora, en la senil juventud del poeta, cobraba su verdadera dimensión gracias a los sufrimientos aciagos de la Revolución, y se volvía una patria más modesta, más íntima y “probablemente más preciosa”.